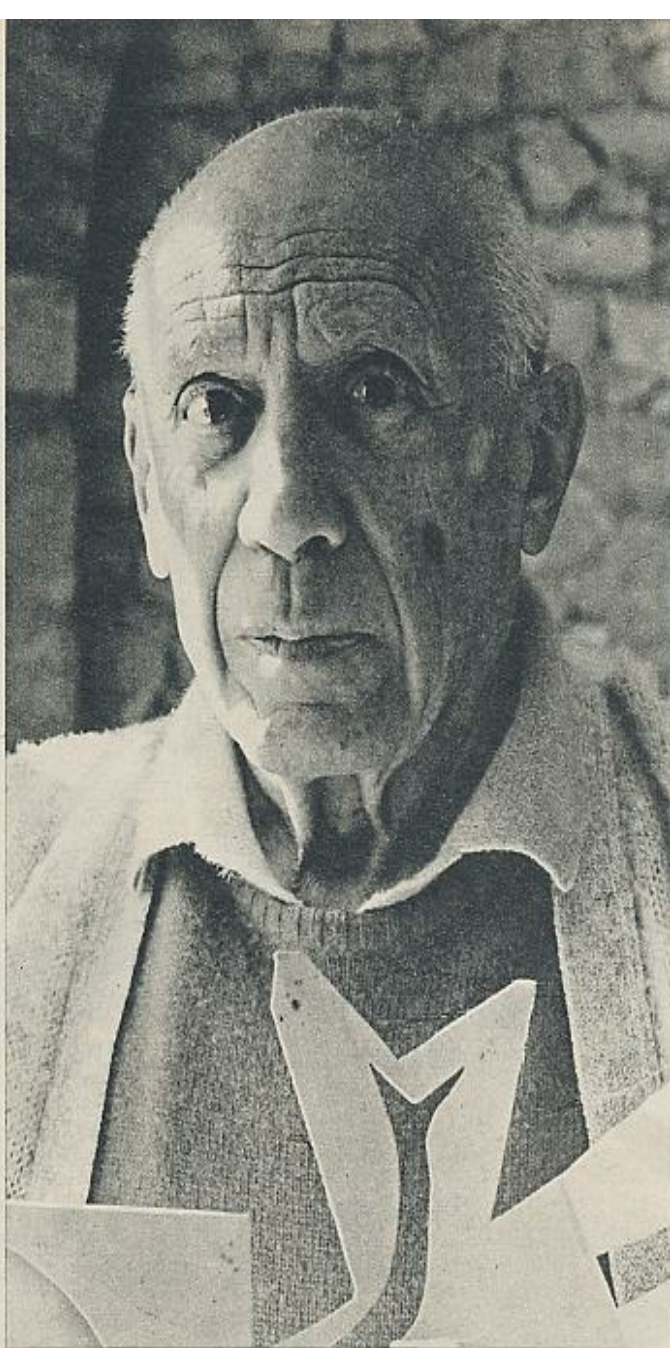


HA muerto Picasso. Escribo cuando no han pasado siete horas de esa desgracia mundial y no sé aún si voy a poder liberar mis palabras de la presión de las circunstancias. Ha muerto Picasso. El hombre-símbolo del siglo XX ha dejado de existir al cabo de noventa y un años, cinco meses y dieciocho días de vida pródiga e intensísima. Hace algún tiempo, y en estas mismas páginas —me alegro de haberlo dicho entonces, cuando mis palabras no estaban tan presionadas por las circunstancias—, hace algún tiempo dije yo, aquí mismo, que Picasso era el más grande artista de toda la Historia. Por supuesto, hoy, yo sigo sosteniendo la misma afirmación. ¿Por qué?

Porque si Fidias fue el artista del mundo apolíneo y de la gran belleza helénica; porque si Miguel Ángel fue el artista de la fuerza dramática y aun del drama creacional; porque si Rembrandt fue el pintor que supo extraer un arrollador caudal de vida de la contradicción entre la luz y la sombra; porque si Velázquez fue el pintor de la preclara inteligencia, que supo medir las distancias del espacio aéreo; porque si Goya fue el artista de la tragedia humana, Picasso fue el pintor de la libertad. El pintor que supo hacerse más responsable de su condición de hombre libre. Picasso aceptó el mandato de la libertad, y llevó siempre consigo mismo a la Libertad, más que como derecho, como una pesadumbre. ¿Por qué?

Porque nunca quiso hacer descansar a su propia obra en aquel derecho que él mismo, con toda su obra anterior, ya había conquistado. Porque siempre, siempre, puso a su obra en el dramático y libérrimo terreno de los problemas y no en el fácil de las soluciones. Este no es el momento en el que uno quisiera discurrir por los cauces de la crítica de arte, pero recordad un instante:

Cuando Picasso, al final de sus períodos «azul» y «rosa» ya había obtenido el consenso público suficiente para hacer descansar en él a todo su arte, rompió con el arte, para el que ya estaba autorizado, y comienza una etapa de investigación aristada y esquinada, a la cual, en sus primeros momentos, y sin ninguna intención apologética, se le aplicó el nombre de «cubismo». Fueron años de lucha denodada, primero en la fase de análisis, luego en la fase de síntesis, en las que él, una vez más, más que el mecanismo de su prodigiosa inteligencia, usó la resolución apasionada de su libertad. Se trataba de luchar siempre contra lo convencional esta-



PICASSO

JOSE MARIA MORENO GALVAN

blecido... Pero cuando logró que el cubismo se estableciera definitivamente como un derecho adquirido..., también rompió con el cubismo.

Fue entonces cuando inició esa etapa que a muchos pudo desconcertar en sus primeros momentos, de recuperación clasicista, con sus dibujos nítidos de corte ingriano... «¿Qué es eso? —dijeron muchos—. ¿Picasso rompe con su pasado vanguardista para volver al clasicismo?». No: Picasso, simplemente, incorporó el clasicismo a la vanguardia y, de

paso, denunció las bodas contra natura del clasicismo, con la academia, fenómeno muy peculiar de aquella época.

¿A qué seguir? Picasso, después, pasó por el «surrealismo»; más tarde redescubrió el expresionismo y, en sus últimos cuarenta años —¡su vida fue tan larga, tan generosamente larga!—, en sus últimos cuarenta años capitalizó, de la manera más genial, todos sus descubrimientos anteriores.

Picasso preparó el arte para todas las aventuras de todos los

artistas del siglo XX. ¿Que no llegó, por ejemplo, al llamado «arte abstracto»? ¿Pero quién preparó el arte para que pudiera lanzarse a aquella aventura? Es cierto: Picasso no llegó a la abstracción, pero porque él siempre supo, en su fuero interno, que el problema no era de representación, sino de realidad.

De eso, de que el arte fue siempre un problema de realidad, tuvo siempre una noción meridiana. Todo lo que él pintó pasó siempre por su propia vida. Es como si él asimilase de una manera misteriosa todo lo que veía, y lo convirtiese en carne de su propia carne. Lo que él producía tenía la impronta de lo que él era: sus cuadros tenían a veces la huella dramática de sus pesares y, con muchísima frecuencia, la huella lúdica de su juego. Porque muchas veces pintaba jugando. Probablemente, en toda la historia del arte, él ha sido el pintor que más paladinamente ha hecho del juego un elemento creador. También por eso era un hombre libre. Nunca tuvo que investirse ante sí mismo con el ropaje conceptual del hombre agobiado por la tarea. El jugó siempre, pero supo hacer que su juego fuese trabajo.

A este respecto, recuerdo, por lo que tiene de ilustrativo, lo que me ocurrió con él en mi visita de 1956. Estábamos en su casa, «La Californie», de Cannes. Después de hablar casi tres horas fuimos al estudio para ver lo último que estaba pintando. Tras varios cuadros, puso sobre el caballete algo cuya identificación yo no precisaba, y, de pronto, como mecánicamente, le pregunté: «¿Y qué es esto?». «Esto —dijo—, mira: aquí lo tienes», y señaló a su espalda. Era una absurda y extrañísima caja de caramelos sujeta de una tan absurda como extraña montura de mimbre. Sonreí, considerando la extraña motivación que lo había llevado a pintar ese objeto, y me dijo: «Hace tres o cuatro días estaba aquí aburrido, sin saber qué hacer y, de pronto, cogí eso y lo pinté». Nadie hubiera hecho de eso un cuadro: él, sí. Pero es que en aquel tiempo, el tiempo de «La Californie», toda su pintura tenía de alguna manera la impronta estilística de aquel ámbito. Ese fue siempre su secreto. No importa cuál fuera ni cómo fuera la vida que lo rodeaba. El la asimilaba y la convertía en pintura. Pero la fuerza de su pintura estribaba en que todo, todo, había sido vida, y hasta carne propia, previamente.

Recuerdo que aquel día, en aquellas tres horas que pasamos hablando antes de pasar al estudio, hablamos de todo: de todo

PICASSO

menos de pintura. Recuerdo que, hablando de toros, por ejemplo, me dijo que él ya no era un buen aficionado. Que él, en sus tiempos, había sido belmontista, pero que, desde que se retiró Belmonte, lo que le interesaba era el espectáculo en sí mismo, «como a un inglés», aunque las faenas no fuesen todo lo buenas que podrían ser. Me habló también —¿por qué llegamos a esa temática en nuestra conversación?— de la Niña de los Peines. «Era la mejor... ¡qué fuerza tenía aquella mujer! Yo la vi dos veces cuando era aún muy jovencita: una, en Madrid, y otra, en Barcelona...».

Hace tres años vi, el día de su inauguración, la magna exposición que se celebró en el Palacio de los Papas, de Aviñón. El no estaba allí, pero sí me encontré con muchos pintores amigos: con Antoni Clavé, Wilfredo Lam, con Guinovart. Con ser tanta la calidad, la nota más destacada era la prodigalidad: cerca de doscientos cuadros, otros tantos dibujos y muchos grabados. Lam estaba agobiado y me decía: «Esto es agobiador, porque, fíjate, esta es sólo labor de un año... ¿Cómo es posible trabajar tanto? Todos los demás somos pigmeos».

Yo quedé entonces impresionado, y así lo expresé en mi crónica, no sólo de la calidad de aquella obra, sino de la temática: el amor en todas sus posibles facetas.

Ese hombre lo era en el sentido más radical de la palabra. Nunca concibió el mundo sin la mujer. Y nunca pudo vivir sin la cercanía de la mujer. La mujer ennoblecía siempre su vida y, por supuesto, su arte.

Hace muy pocos días tuve una gran alegría. Gustavo Gili, el hijo, me trajo un paquete de parte de su padre. Era un libro sobre «Las Meninas» barcelonesas de Picasso, que el gran pintor le había dado para mí, con una expresiva dedicatoria. Pocas, muy pocas de las alegrías que yo he recibido en mi vida habrán logrado emocionarme tanto. Ahora, cuando lo pienso, ahora, me emociona aún más. Porque esa dedicatoria, escrita ya en su cama de enfermo, será una de las últimas cosas que habrá escrito y dibujado Picasso.

¿Será necesario repetirlo? Ese hombre que acaba de morir, hoy, día 8 de abril de 1973, en Mougins, había nacido en Málaga el día 25 de octubre de 1881. ■ J. M. M. G.



«Ciencia y Caridad», pintado a comienzos de 1897, cuando Picasso tenía quince años. Fue presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

LAS SIETE VIDAS DE PICASSO



«El bock», en realidad un retrato de su amigo Jaime Sabartés (época azul), pintado en 1901.

ANIMABA Picasso a Dominguin para que volviese a los toros:

—Lo más que te puede pasar es que te mate el toro, y, ¿qué mejor cosa te podría suceder? ¿Qué más podría yo pedir que caer muerto mientras estuviese pintando? Cuando un hombre sabe hacer algo, y deja de hacerlo, deja también de ser un hombre. Por eso debes volver a la plaza, Luis Miguel, y morir de la manera más decorosa posible. Es tu deber.

Podría decirse que ha muerto pintando, porque jamás dejó de pintar desde que tomó en sus manos el primer lápiz (en el Museo Picasso de Barcelona hay dibujos de 1891, cuando Pablo Ruiz Picasso tenía diez años; en 1895 ingresó en la Escuela de Bellas Artes, haciendo en un día el trabajo de Ingreso, para el que se concedía un mes de plazo). Se podría decir de él lo que Apelles decía de sí mismo, «nuda dies sine linea», y aun apurarlo: Picasso no dejaba un solo momento sin pintar. Algún tabernero ganó dinero por no lavar un mantel, una servilleta, donde Picasso trazaba formas mientras comía. Y con la miga de pan construía formas, pequeñas esculturas efímeras. Últimamente, esta forma compulsiva de crear se había acentuado. Alguien que le visitó en la casa don-



«Arlequín», dibujo. Epoca neoclásica.



«La joven saltimbanqui». Dibujo, 1968.



«Bandurria y guitarra», 1924.



«El beso».

de ha muerto —Nôtre-Dame-de-Vie, Mougins— decía:

—Siente que no puede perder tiempo, que no puede distraerse: dice que no le queda demasiado tiempo ya.

Avaricia de tiempo, de objetos, de formas. ¿Una de sus claves? La

gran casa —treinta y cinco habitaciones— era un Cafarnaúm. No tiraba nada. Cuentan que una vez le mandaron una tarta cuya forma le hizo gracia, y no quiso destruirla: la dejó en un rincón, hasta que fue devorada por los ratones. Sus ropas estaban agrupadas en cuatro

montones, uno para cada temporada del año, y allí envejecían. Junto a esta avaricia, un extraño desprendimiento. Esas ropas las pagaba con un dibujo, una litografía. Se oía a veces decir a Picasso:

—Estos pantalones me han costado tres millones de francos...

Era el valor de un dibujo entregado a su sastre de siempre, Michèle Sapone.

Conservar todas las formas al mismo tiempo, no perder tiempo ni espacio, quizá llevó a Pablo Picasso a construir algunos de sus más admirables cuadros. Era, también, una

PICASSO

forma de amor a la vida. Es difícil encontrar la huella de la muerte en la pintura de Picasso: es como si la muerte no existiese. Quizá la desesperación, al principio, en la época azul. Del «Guernica», donde la muerte está presente, podría decirse que es precisamente un canto a la vida. De este cuadro se cuenta que cuando un oficial nazi, ocupante de París, mostró a Picasso una reproducción del «Guernica» y le preguntó:

—¿Esto lo ha hecho usted?

Picasso respondió:

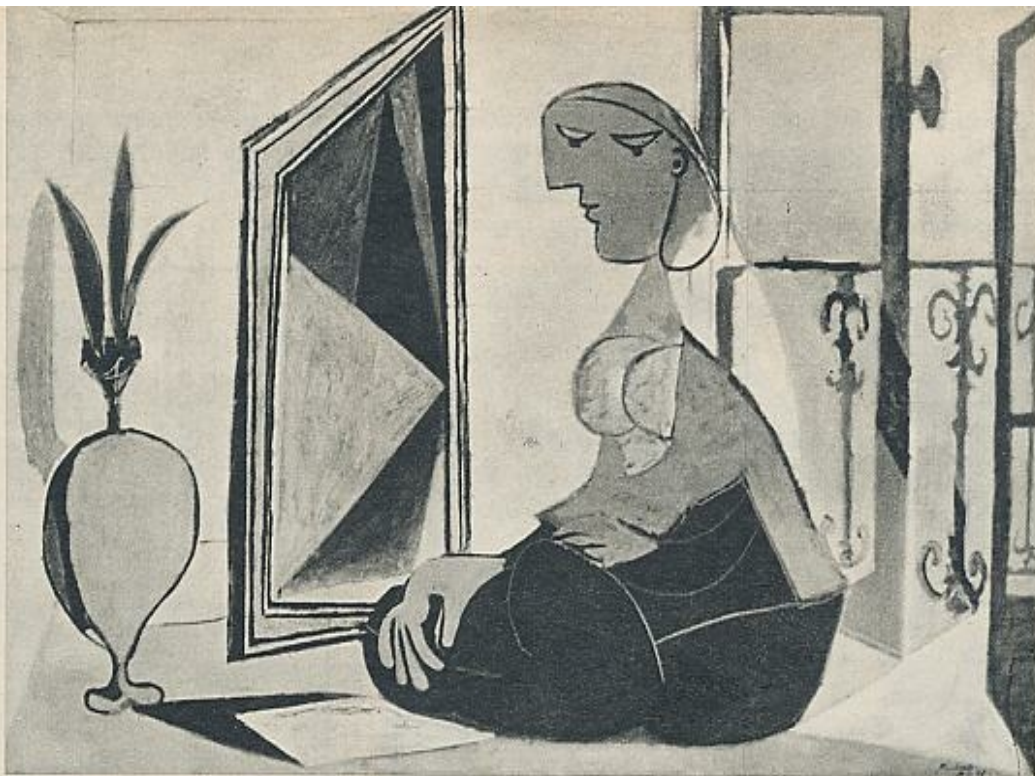
—No, esto lo ha hecho usted.

Sucedía en el famoso estudio de la Rue de la Boétie, donde el cuadro había sido pintado. Un estudio del que después fue desahuciado, como luego le pasaría con el de la calle de Grands-Augustins, a pesar de la intervención de Malraux, ministro de Cultura, que quería instalar un pequeño museo: el propietario del inmueble encontraba más rentable hacer oficinas. No se conservan los estudios parisienses de Picasso. El famoso «bateau-lavoir» de sus primeros tiempos, en la calle Ravignan, fue abandonado durante largos años, y cuando el Estado francés consideró que debía hacer algo con aquel edificio de donde salieron los mejores pintores del mundo, un incendio lo destruyó casi totalmente, y hoy es una ruina.

Cada época de Picasso tiene un estudio, una residencia; cada época, una mujer. Como si cambiase de piel continuamente (y, sin embargo, se ve siempre el mismo Picasso, la misma mano y el mismo «ojo de antracita», como ha dicho ahora Clouzot: «ojos de antracita con los que miraba fijamente el sol»; la misma personalidad, desde sus dibujos de niño hasta los que acaba de terminar para la exposición de Aviñón). Fernande Olivier fue la mujer del período rosa —Fernande Olivier, el personaje de «Mujer con pañuelo», en 1906—; Marcelle Humbert, llamada Eva o la musa del cubismo; Olga Kohlova, retratada como «Madame Picasso», en 1923, fue el regreso al clasicismo; Marie-Thérèse Walter, dulcemente reclinada en una silla en «El sueño», de 1932, fue la mujer de la época erótica. Dora Maar, o las formas que comienzan a deshearse y multiplicarse, en los años treinta; la joven, viva, latente Françoise Gilot, de los años cincuenta... Y Jacqueline, Jacqueline Roque Picasso, su última compañera, la que estaba ahora junto a su lecho de muerte. Jacqueline, la que decía:

—Cuando está enfermo, es como un trompo en el vacío...

Siete mujeres en una vida, y ¿cuántos períodos? Prácticamente, cada cuadro de Picasso fue un período en sí mismo. Cada uno de ellos es una investigación, un ensayo, una profundización. A veces, varios períodos en uno solo, como hay varias figuras en una sola, varias expresiones en una sola ex-



«Mujer ante el espejo», 1931.

presión. Que la vida no se escapase. «Aun en su época más abstracta, más geométrica —escribía el crítico de arte americano Douglas Davis—, Picasso mantenía un pie en el mundo. Cuando el retrato de un amigo quedaba demasiado lejos de lo natural, Picasso añadía orejas, ojos y manos, mezclando cuidadosamente lo que él llamaba «lo conocido» con «lo desconocido». Jamás Picasso se consideró un pintor fuera de la realidad. A veces decía, con un punto de ironía, que «la realidad comienza a serlo desde que está dentro de un cuadro»; su obsesión era presentar aspectos desconocidos de la realidad, hacer ver lo invisible a los demás y, de esa manera, realizar un trabajo político. O un trabajo moral. Picasso condenó siempre lo que detestaba —la guerra—, exaltó lo que amaba —el

hombre, la mujer, el animal, la tierra, el mar—. Su famoso mensaje al Congreso de Artistas Americanos es un código: «Deseo en este momento recordaros que siempre he creído y sigo creyendo que los artistas que viven y trabajan con valores espirituales no pueden permanecer indiferentes ante un conflicto en el que se discuten los más altos valores de la Humanidad y de la civilización». Si no dejó un solo momento de crear, ni un solo momento dejó de crear en un sentido, la idea de que sus manos seguían movimientos compulsivos, o de que sus ojos no tenían más preocupación que las formas y el color, es insostenible. Picasso era un revolucionario, creó una subversión dentro de la pintura y el arte, y la mantuvo continuamente: fue un subversivo de sí mismo, un revolu-

cionario contra sí mismo y contra la posibilidad de que sus formas se hicieran fijas e inmóviles. Que siendo comunista formal pintase contra las normas formales del realismo socialista («Veo con mis ojos y no con los del partido»), revelan el carácter total de su subversión. A favor de la Naturaleza y en contra del naturalismo. Y sin dejar de ser jamás, pese a todas sus alotropías, un pintor figurativo. Siempre distinto y siempre el mismo.

Pocas veces una figura viva no política ha sido glorificada en vida como lo ha sido Picasso, y pocas veces con tanta indiferencia por su parte. Encerrado en su casa-fortaleza, Picasso veía con horror llegar sus cumpleaños. A veces descolgaba él mismo el teléfono, que sonaba incesantemente —aunque no figuraba en la guía—, y decía: «No estoy». En su ochenta aniversario decía que era «su centenario», y reía a carcajadas. Dentro de todo ello, aceptó y participó, con más entusiasmo del previsible, en la glorificación que supuso su noventa cumpleaños, en 1971. Ya había aceptado que se le dedicase una sala en el Louvre: era el único pintor vivo que había alcanzado ese honor, y la sala la inauguró el Presidente de la República Francesa. Y, sin embargo, no fue Picasso el que agradeció lo que sucedía, sino que fue a él a quien se dio las gracias...

Resumir Picasso a la hora de su muerte es imposible. No sólo era el hombre viviente a quien más libros y estudios se habían dedicado, sino uno de los más estudiados y analizados de toda la Historia de la Humanidad. En su arte y en su larga y plena vida. Hay ya una picassología, que no va a detenerse, sino a multiplicarse ahora, cuando el ciclo se cierra. Cuando ya no hay más cuadros que pintar, cuando ya no hay más mujeres que amar.

—La muerte —dijo una vez— es la única mujer que nunca me abandona...

PALABRAS DE MIRO A LA MUERTE DE PICASSO

Estoy terriblemente conmovido por la noticia, y perdón si no puedo hablar mucho. Para mí era un gran amigo, y apreciaba, además de al artista, al amigo, que quería enormemente. El fue el primero que compró un cuadro mío, una bailarina española, en 1920. Mi «marchand» no podía comprender que Picasso comprase mi cuadro, y me dijo: «Miró: Picasso acaba de comprar eso, pero creo que es una broma».

Yo le conocí en París, pues cuando salí de España yo era muy joven. Le había visto en Barcelona cuando fue al estreno de «Parade», en el teatro Liceo, y allí fuimos varios amigos, Prat y otros. Entonces fui a ver a su madre, una mujer admirable, que se parecía mucho, y le dije: «Vengo a verla porque admiro mucho a su hijo, y luego nos hicimos amigos».

Cuando iba a venir a París, al final de la guerra de 1918, fui a verla y le dije que iba a París, y que si quería algo para su hijo. Su madre me dio una ensalmada y se la llevó a Picasso, quien vivía en el número 23 de la calle de la Boétie. Desde ese momento empezamos a vernos, pero yo era extremadamente prudente. No quería molestarlo. Para mí, la vida en París en aquellos momentos era muy dura, y recuerdo muy bien que Picasso me dijo cosas que se me quedaron grabadas. Por ejemplo, ante mi impaciencia, me dijo: «Oye, oye, tienes que hacer como si esperaras el autobús a la cola, y cuando te toque, subes al autobús». Esas palabras me parecieron de una gran justeza.

La última vez que vi a Picasso estuvimos hablando durante cinco horas, y pensaba ir a verle dentro de unos días, con motivo de mi exposición en Saint-Paul-de-Vence.

Cronología

1881-1900 PICASSO ANTES DE PICASSO

Nacimiento en Málaga, el 25 de octubre de 1881. Su padre, José Ruiz Blasco, de origen castellano, y profesor de



dibujo; su madre, María Picasso López, es de origen mallorquín. Es el apellido de su madre el que Pablo adoptará definitivamente a partir de 1901; sus primeras telas están firmadas Ruiz Picasso.

Manifiesta desde muy joven tales dones para la pintura y el dibujo, que su padre le entrega, a los catorce años, su propia paleta y sus pinceles. Entra en la Academia de San Fernando, de Madrid, a los dieciséis años, y en la misma época hace su primera exposición de Barcelona (1897), en el Hostal d'Elis Quatre Gats, especie de cabaret intelectual en el que Picasso se hace amigo de escritores como Eugenio d'Ors y Jaime Sabartés, que será su confidente durante toda su vida.

1900-1907 PERIODO AZUL Y PERIODO ROSA

Picasso tiene diecinueve años cuando va por primera vez a París, y en su segundo



viaje, al año siguiente, expone allí en la galería Vollard. Pero no se establece definitivamente en la capital francesa hasta 1904.

Es el período heroico del «bateau-lavoir», en Montmartre, en la calle Ravignan. Se ha hecho primero amigo de Max Jacob y Modigliani; luego de Salmon; Van Dongen, Derain, Vlaminck, Juan Gris, Apollinaire (1905), Gertrude Stein (1906), Matisse (1907). Sus primeros marchantes, después de la defección de Vollard, son Clovis Sagot y el «padre» Romeu, antiguos payasos del circo Medrano, que pagan sus cuadros a cien francos y los dibujos a tres.

Picasso vive, en la pobreza,

con Fernand Olivier a partir de 1906. Se separarán en 1912.

1907-1916 EL CUBISMO

La exposición retrospectiva de la obra de Cézanne impresionó a Picasso y a sus amigos. Más tarde dirá: «Cézanne era para nosotros como una madre que protege a sus hijos». Traba amistad con Braque en 1908, y sus obras, que no firman ninguno de los dos por ascetismo, seguirán durante algún tiempo un destino paralelo. Picasso da un banquete en honor del aduanero Rousseau (1908), que un día le dijo: «Somos los dos más grandes pintores vivos: yo en el género moderno, y tú en el estilo egipcio». Expone en Munich (1909), Nueva York (1911), Londres (1912). Contrato con Kahnweiler en 1912: un dibujo vale cien francos, un cuadro grande, tres mil. Rusos, alemanes y americanos compran sus obras.

Marcelle Humbert, a la que Picasso prefiere llamar Eva y cuyo nombre inscribe en sus



cuadros, se convierte en su compañera. Burlado, atacado o admirado, es el pintor más en boga de esos años. Apollinaire es su cantor. En 1914, en una venta pública de la colección de una sociedad de aficionados, «La piel del oso», un cuadro del «período rosa», «Los bateleros», alcanza el precio de 11.500 francos oro. A partir de 1905 empieza igualmente a esculpir, y en 1911 ilustra el «Saint Matorel», de Max Jacob.

1916-1925 EL NEOCLASICISMO

La guerra, si bien dispersa a un buen número de sus amigos, no paraliza la actividad de Picasso. Jean Cocteau le lleva a Roma en 1916 para que se una a la compañía de ballets rusos de Diaghilev, para la que pinta los decorados y los trajes de «Parade», de Erik Satie y Léonide Massine (Châtelet, 1917) y, entre otros ballets, «El sombrero de tres picos», de Manuel de Falla (1919).

El alemán Kahnweiler había debido abandonar Francia, y Paul Rosenberg se convierte en el marchante de Picasso.

En 1918 se casa con Olga Kokhlova, bailarina rusa, de la que tendrá un hijo, Pablo,

en 1921. Lleva una vida mundana y lujosa. Traba amistad con los surrealistas André Breton, Soupault y Eluard, sobre todo, y participa en la primera exposición del grupo, en 1925, aunque las escasas composiciones «surrealistas» que se conocen de Picasso datan de 1933.

1925-1937 SUEÑOS Y PESADILLAS

Sus estancias en la Costa Azul y en Dinard van a desarrollarse todavía en Picasso un sentido innato de la libertad. Recibe el premio Carnegie en 1931, y en Zurich y en París tienen lugar sus primeras exposiciones retrospectivas. La de París tiene lugar en la galería Georges-Petit, ya que Picasso no será reconocido hasta mucho más tarde por los organismos oficiales.

Su vida conyugal se ve alterada tanto por el carácter de su mujer como por el encuentro con Marie-Thérèse Walter, de la que tendrá una hija, Maia, en 1935. Se retira al castillo de Boisgeloup, donde renuncia por algún tiempo a la pintura para escribir poemas, pero continúa esculpiendo.

En 1936 tiene lugar el encuentro con Dora Maar, de la que hará innumerables retratos. La verá como «la mujer que llora» de la época de «Guernica», lo mismo que había visto en Marie-Thérèse Walter «la mujer dormida» de los años treinta.

Cuando en España estalla la guerra civil, el gobierno le nombra conservador del Prado. En 1937 pinta «Guernica», una de sus telas más célebres, que es expuesta en el pabellón español de la Exposición Internacional de París.

1937-1945 LA GUERRA

Fue en la calle de Grands-Augustins, en el estudio donde había vivido Antonin Artaud y Jean-Louis Barrault, donde Picasso pintó «Guernica». Su madre murió en Barcelona



en 1939. Acompañado por Dora Maar, Picasso se establece en Royan, en septiembre de 1939, y vuelve a París en 1940. Allí pasará toda la guerra. Objeto de irrisión para los periódicos colaboracionistas, es atacado violentamente por el pintor Vlaminck y recibe a Ernst Jünger, que relatará su visita en su «Diario». Sigue reencontrándose con Jean Cocteau y

Paul Eluard, y escribe, en 1941, una obra de teatro: «El deseo cogido por el rabo», que será interpretada, en 1944, en casa de Michel y Louise Leiris —que se ha hecho cargo del destino de la galería de su cuñado Kahnweiler— con Sartre, Simone de Beauvoir y Raymond Queneau como intérpretes, y Albert Camus como director. Ilustra la «Historia Natural» de Buffon (1943).

Al llegar la liberación, se inscribe en el partido comunista, mientras los manifestantes rasgan sus telas expuestas en el Salón de Otoño, el primero en el que Picasso ha aceptado participar. Se celebra en Méjico una retrospectiva de sus obras, en 1944.

1945-1965 EL MEDITERRANEO

A partir del fin de la guerra, Picasso se convierte en una estrella mundial. En el



estudio de la calle de Grands-Augustins, en el que durante la ocupación había tomado la costumbre de recibir todas las mañanas, un simple letrero, «Aquí», indica el camino a los visitantes, fotógrafos y periodistas del mundo entero. Dirigentes, obreros, se mezclan con los ricos compradores americanos, y es en parte para huir de esta muchedumbre por lo que Picasso va definitivamente a establecerse en el Mediodía. Vive con Françoise Gilot, de la que tendrá dos hijos, Claude (1947) y Paloma (1949), hasta 1953. Diez años más tarde, Françoise Gilot escribirá un libro, de recuerdos totalmente exento de benevolencia, pero apasionante («Vivir con Picasso»), que Picasso intentará en vano hacer retirar de la circulación.

En 1946 trabaja en el palacio Grimaldi, de Antibes, que conservará en adelante las telas de inspiración mediterránea y mitológica que ha pintado en él. En Vallauris resucita el arte de la cerámica. Va a Polonia, al Congreso Mundial de la Paz en 1948 y al año siguiente, dibuja la famosa paloma de la paz, que se convertirá en un símbolo mundial. Exposiciones retrospectivas en Roma, Milán, Nueva York, Tokio, París (1955). Barcelona le consagra un museo. Acepta rodar un film con Clouzot, «El misterio Picasso».

En 1962, se casa con Jacqueline Roque: su segunda mujer legítima. Olga había

muerto en 1955. En 1965 es operado de la vesícula biliar en el mayor secreto. El mismo año, una de sus telas del «período azul» es vendida en Londres en más de doce millones de pesetas. Después de la gran villa de estilo 1900 en Cannes, compra el castillo de Vauvenargues, cerca de Aix-en-



Provence, sin dejar de conservar otras moradas, en las que le es posible amontonar sus colecciones personales.

En 1966 Jean Leymarie organiza en París, en el Grand y Petit Palais, el homenaje a Picasso, exposición-muestra de más de quinientas obras, y que batió todos los records de popularidad: fue visitada por más de un millón de personas.

En el Palacio de los Papas, de Aviñón, otra gran muestra: ciento cuarenta telas. Esta exposición es una revelación de la extraordinaria riqueza de creación de un hombre de ochenta y nueve años que jamás pareció tan joven. Fue inaugurada el día 1 de mayo de 1970.

En 1971, por iniciativa del Presidente Pompidou y para conmemorar los noventa años



del artista, se expusieron tres cuadros del mismo dentro del recinto del Louvre.

Es especialmente significativo para los españoles la formación del Museo Picasso en Barcelona: ochocientas telas de la propia colección del pintor, conservada en España por su madre y luego por su hermana Lola, así como de la colección Jaime Sabartés, y obras que proceden de colecciones españolas y de la serie «Las Meninas».

● LAS SIETE MUJERES DE LA VIDA DE PICASSO, PINTADAS POR EL MISMO

Fernand Olivier (1906), Marcelle (Eva) Humbert (1911-12), Olga Kokhlova Picasso (1923), Marie-Thérèse Walter (1932), Dora Maar (1938), Françoise Gilot y Jacqueline Roque Picasso (1954).